

LA PARTIDA DE CELEBORN

Merdo Landon del Fresno y Vaquilla

Se dice que Celeborn fue a vivir a Rivendel luego de la partida de Galadriel, pero no hay ninguna noticia sobre el día en que al fin partió hacia los Puertos Grises, y con él desapareció el último testigo de los Días Antiguos en la Tierra Media.

Nota sobre los archivos de la Comarca

Prólogo de «El libro rojo de la Cuaderna del Oeste»

I

Tres torres tristes

Le daba vergüenza.

Por eso no se lo había contado a nadie.

Merdo del Fresno y Vaquilla se había enamorado.

Se había enamorado de una dama élfica.

Y por si no fuera suficiente para hincharse de ridículo, de una doncella que sólo había soñado.

Había sido la noche en que miró las tres torres élficas, verde solar evanescentes al oeste. Aquel día no había querido ir más lejos, de pronto pesado por una tristeza que desconocía, casi como si no fuera suya.

No se atrevió a mirar los Puertos Grises.

Volvió a casa y esa noche soñó con ella.

Nellas.

En el valle hondo de las hayas altas de Neldoreth.

La dama que en la balada de Túrin Turambar, la Reina Melian envió para que fuera amiga y vigilante del joven Túrin, aquella que no parecía más que una doncella de la misma edad pese a sus años élficos, y que con él jugaba en los bosques.

Aquella que era niña y era vieja. Aquella que era melancolía alegre.

Aquella de rizos como ramas de álamos y grandes ojos inteligentes y expresivos, graves como de halcón, lúdicos como de colibrí, líricos como de trébol de cristal.

La Dama Verde. La del manto morado.

Aquella que soñó tan, tan de cerca, hasta casi una sonrisa.

Cuando despertó, la necesitaba tan fragorosamente, que era casi como sólo recordar que la había amado.

Merdo del Fresno y Vaquilla era uno de los jardineros bibliotecarios que servía a los prestigiosos descendientes del alcalde Samsagaz Gamyi, que habían cavado sus smiales en las Colinas Lejanas que los viajeros más avezados llaman Emyn Barad, y donde, a la sombra de las torres élficas, habían medrado como guardianes de la Cuaderna del Oeste, y más aún, como estudiosos y transcriptores del Libro Rojo.

Merdo no era descendiente directo de Fastred, ni de Elanor ni de Samsagaz, pero su padre, Perca del Fresno, era primo segundo de Almondina Belifantes, que sí era una de las sobrinas terceras de Fastred Belifante. Pero un sólo resquicio así de lejano con el señor Samsagaz era todo lo que él necesitaba. Trabajaba para sus parientes en la biblioteca familiar, en diversas tareas que iban desde transcriptor —cuando tenía suerte y oportunidad—, a, para su alegría, jardinero del bosquecillo en el patio de la terraza del smial de la biblioteca, que miraba hacia las Colinas de las Torres donde detrás de las lomas y lunas, debían estar las verdes torres élficas que miran al mar.

Más comúnmente era asignado como mensajero para conseguir, por las cuatro cuadernas de la Comarca, los mejores pliegos que llegaban a Oatbarton en la Cuaderna del Norte gracias a los trabajos de restauración de Annúminas, o a casa Brandy en la Cuaderna del Este para los más finos y duros cueros requeridos para las tapas de los libros, o a las Quebradas Rojas de la Cuaderna del Sur, a buscar las conchas del Vado de Sarn, molidas y añadidas a las tintas para alcanzar su espesura más adecuada.

A lo largo de décadas de servicio, cuando le habían tocado sus trabajos amanuenses, había robado tiempo para su gozo mayor, transcribiendo su propia versión del Libro Rojo en unos libros más pequeños que pudieran portarse al zurrón sin mayor dificultad, todos tachoneados, borroneados y salpicados, pero muy suyos. Cinco años atrás había comenzado a compilar material para sus apéndices a los que esperaba añadir algunas notas de su interés de los primeros tomos del Libro Rojo en los que el señor Bilbo Bolsón había compilado la sabiduría élfica de la Guerra de las Joyas.

Al principio sólo estaba interesado en averiguar lo que había pasado con los hobbits durante los Días Antiguos, pese a que la bibliotecaria y jardinera principal, Acederilla Belifante, le había reiterado que la cuestión había sido saldada desde hacía mucho: los hobbits muy sensatamente no habían viajado más allá de las Montañas Nubladas, sino que permanecieron en el Ángulo del Anduin hasta los días del viejo Sméagol y el cruce de los hermanos Marcho y Blanco.

Pero Merdo seguía ponderando.

El triste año de la muerte del Rey Aragorn Telcontar y la partida de Arwen Estrella de la Tarde, en el otoño de hojarascas grises, mirando las lluvias de nostalgia, a Merdo comenzó a crecerle una gran inquietud desde los dedos de los pies: hombres habían llegado a Beleriand en ráfagas migratorias desde los días de Beorn el Viejo ante el Grande Felagund, hasta los traidores Uldor, Ulfast y Ulwarth que acarrearón la ruina de Maedhros y Fingon en la Batalla de las lágrimas Innumerables.

Y así como los hobbits habían sido ignorados de los contares y cantares hasta la Guerra del Anillo, otro tanto hubiera podido haber sido ignorados por los hobbits —quizá por entonces sólo llamados periannath por los elfos y kuduk por ellos mismos—, y tal como mucho saber de los Días Antiguos se había perdido con la ruina de Beleriand y luego con la ruina de Eriador en las primeras guerras contra Sauron en la Segunda Edad, la memoria de lo que sobrevivió en los Puertos de Balar y luego en Rivendel, podrían haber olvidado hechos simples pero memoriosos para los hobbits.

Convencido entonces Merdo de que habían llegado algunos periannath junto a las migraciones de los hombres, pues tal como habían habitado ancestralmente en Bree, así quizá hubieran podido alcanzar Beleriand entre los drúadan, los hombres Púkel de las riveras del Gelion. Habrían sido periannaths salvajes y desconfiados como los drúadan mismos, como criaturas de los arbustos, y quizá algunos de ellos habrían deambulado también entre los elfos verdes de Ossiriand a los que los periannath podrían haber amado con temor y vehemencia tanto como él —y el señor Samsagaz— los adoraban. ¿Y por qué

no? Quizá alguno de aquellos elfos habría tenido a su cuidado generaciones de periannaths a los que vieran crecer y servirles, tal como perros con sus amos.

Una noche que reflexionaba con su cerveza en un rincón de la taberna de *El Guiso del Conejo*, comenzó a imaginarse, inevitablemente y casi contra su voluntad, como habría sido él si hubiera vivido en aquellos días. Quizá se habría llamado Mwrđ —la posible forma antigua de su nombre— y le habrían llamado solamente *El Perian* los druádan o los moriquendi de aquellos lares y aquellos días de oscuridad y dolor bajo la mala entraña y sombra perene de Morgoth, el ancestral enemigo del mundo.

Sí, Mwrđ habría sido entonces perro de los elfos y a Merdo le pareció que no había mayor honra que aquel mote.

Un día ventoso de agosto se encontraba transcribiendo borradores en quenya de la Balada de los Hijos de Húrin, cuando topó con las primeras referencias de la doncella Nellas, que además de amiga de juegos de Túrin, le habían enseñado la lengua élfica. Además había sido ella quien había hablado a favor de él ante Thingol por la muerte de Saeros el incordial, con esa desenfadada honestidad que tanto había molestado al rey Manto Gris. Para entonces sus apéndices apócrifos del Libro Rojo se habían desbordado en un nuevo librito de notas, siguiendo primero pasado a paso la tragedia dolorosa de Túrin Turambar, para atreverse a inducir los posibles hechos de Nellas, pero pronto desbarrancándose en ficciones más inusitadas e insolentes: ¿Y qué tal si en lugar de los moriquendi de Ossiriand, hubieran tomado a Mwrđ como perro algunos guardabosques fronterizos de Doriath? ¿Se lo habrían llevado entonces consigo alguna vez a la corte de Thingol y Melian? ¡Los reyes le habrían parecido tan altos, deslumbrantes y penetrantes como los valar! Como sus propios Oromë y Vána.

Y ya rondando entorno a Menegroth, encontrarse alguna vez con Nellas.

Pero...

¿Con qué esperanzas?

Al fin entendió íntimamente a Gimli y Samsagaz ante Galadriel.

Pero...

¿No había sido Thingol el elfo digno de Melian la maia? ¿Y Beren de Lúthien? Sí, sí... y Trancos de Arwen.

Pero, ¿es que se estaba comparando con Manto Gris, Manco Santo y Piedra de Elfo?

Aunque... ¿No decía la tradición que “Belladona Tuk era tan bella porque alguno de sus ancestros había tomado a un hada por esposa”? sí, claro, y toda la colina de Hobbiton estaba repleta de oro y el “viejo loco” Bilbo había desaparecido por la voluntad de un rayo.

Y no obstante el primer señor de Dol Amroth, Imrazôr el numenoreáno, casó con Mithrellas, doncella elfa de Nimrodel, ¿Pero no se había dado por presa ella y luego huyó tras darle dos hijos?

En fin...

Comenzó Merdo desde entonces a avergonzarse de la estupidez de su afición por Nellas sin atreverse a hablar de ello con nadie, pero aún con el consuelo de que no sería el primero ni el último por enamoramientos semejantes al pueblo de los eldar, hasta que, viendo que en unos cuantos años cumpliría los cuarenta, comenzó a planear lo que podría ser un viaje fuera de la Comarca, para dejar de ser sólo la pluma de Acederilla Belifante y comenzar a ser su propio amo del Fresno.

Ya desde hacía tiempo había comenzado a ahorrar algún dinero planeando posibles destinos: al principio le pareció lo más natural tomar el Camino del Rey y seguir el paso de muchos Tuks y Brandigamo a Minas Tirith, donde se decía que Findegil, el escribano del rey, requería a buenos amanuenses para lo que sería una versión definitiva del Libro Rojo en la biblioteca personal del rey Eldarion. Pero una vez comenzado a desarrollar su obsesión por Nellas, pensó en probar suerte al este más allá de los tres puentes, en Rivendel con los señores Elladan y Elrohir a quienes podría preguntarles sobre su parecer de los periannath de la antigüedad. Sin embargo, temió que, tal como era lo más probable, todo aquel barullo de notas fueran sólo una maleza de sus sesos y, una vez develada la mentira,

no podría volver a enfrentarse con su pluma y papel. Eso le pareció entonces, sería como vivir en invierno y no le quedaría más que exiliarse en la vergüenza de sí mismo, a buscar a las mujeres ént más allá de la Cuaderna del Norte.

Así que pensó mejor viajar al oeste a las Montañas Azules, a aquellas regiones en cuyas laderas que miran al mar podrían haber vivido alguna vez los periannath entre los Drúadan y los moriquendi.

No tenía tan altas expectativas de su viaje. Nunca había visto a un elfo y no creía tener los arrestos en solitario para abandonar los caminos para buscarlos al descampado, ni creía que los elfos que le vieran le salieran al paso, y eso de algún modo, lo confortaba.

Tampoco quería ir a los Puertos Grises, cuya sola mención lo tañía de tristeza desde pequeño, de modo que la única ruta viable en solitario era a las viejas minas de los enanos, aquellas en las que el pueblo de Thorin Escudo de Roble había medrado en el exilio. No vería elfos. No sabría de Nellas. No tendría hermanos de espada, pero al menos en un aparente y apacible viaje de negocios, comenzaría a sentir su nombre más redondo.

Fue entonces cuando al tercer día de viaje, al torcer el camino, vislumbró un atardecer a lo lejos, las viejas torres verdes de los elfos.

Se detuvo junto a un fresno y salió del camino a cenar al crepúsculo de trigo púrpura, hasta que la noche tornó las torres en espigas de luna.

Esa noche al pie del árbol soñó con ella.

Le miraba.

Le conocía.

Le sonreía.

Al despertar y sentir al sueño deprenderse, no soportó la añoranza y quiso afianzarla y alcanzarla de algún modo, de cualquier modo.

Necesitaba escribir.

Escribir una canción para hallarla y ser de nuevo con ella.

Así que dio media vuelta a su poni, pero sin atreverse a volver a casa, rodeó las Quebradas Lejanas para ir a Cavada Grande y se metió en un rincón de la posada de *La Jiga del ratón*, a la vuelta de la alcaldía. Bebió y escribió durante días y días, hasta dilapidar toda la plata de su viaje, tachoneando una tras otra todas las hebras fallidas de su mano, que no sabían por dónde empezar, y que erraban la ruta sin que en ellas oliera de nuevo al trébol de su dama.

Para entonces ya se habían enterado sus parientes en Casa Belifante de cuál había sido el verdadero destino de su viaje, y entre los parroquianos de Cavada Grande menearon la cabeza primero con pesar y después con burla, diciendo que no era el primero metido en tanto libro, que terminaría mal, ya que se veía venir eso de uno que rondaba entre los locos de los Belifantes.

No halló verdad en ninguna página.

Se acabó su plata.

Y no tuvo la vergüenza de volver a casa.

Prefirió el escarnio de ser el nuevo borrachín vagabundo del pueblo y de la familia.

No habría soportado la vergüenza de que supieran que amaba a una dama élfica que nunca había visto bajo el sol.

II

El mallorn al oeste de las montañas

Entonces se supo que Celeborn de Doriath partiría al oeste.

Al otoño el rumor llegó a la Comarca desde Bree, donde los montaraces del rey cantaban las canciones de Celeborn en la Posada de *El Poney Pisador*.

El bardo de la corte de Thingol y Melian, el aprendiz de Daeron de las runas, el escogido del corazón de Galadriel, se había cansado de los vientos grises y, después de dejar Lothlórien tras la partida de Galadriel al final de la Tercera Edad, había demorado en Rivendel con los señores Elladan y Elrohir.

Y al fin, al fin, partiría con la hojarasca a los Puertos Grises.

Desaparecería del mundo el último de los cantos y de los cuentos.

Cuando Merdo se enteró mientras bebía en la posada de *El Dragón Verde* en Hobbitón, se levantó de un salto y salió corriendo en la noche, dejando atrás a los parroquianos cruzando miradas entendidas y bromas del borrachín que había huido de pagar la cuenta, aunque Merdo siempre pagaba por adelantado lo que tomaba.

Sin atreverse a volver a Casa Belifante tras los atriles, Merdo había terminado por tomar trabajo de cartero aprovechando su experiencia en los caminos de la Comarca, pero terminaron por despedirlo porque demoraba demasiado en sus entregas y siempre se robaba algo de papel para escribir sus marrullerías, hasta terminar endeudándose con la oficina postal de Cavada Grande. Buscó entonces trabajo de comisario para saldar su deuda, y los comisarios cuando se enteraron de que él era aquel “loquito solitario y perdido” al que llamaban *El Botellín*, lo recibieron entre sus filas con agrado porque Merdo sabía pararse en sus dos pies deteniéndose en todas las tabernas de las cuatro cuadernas, pero primordialmente para molestar a los carteros; aunque al final también descuidó sus vigilancias y terminó por vagabundear durmiendo en cualquier sitio como un perro.

Pero aquella noche Merdo del Fresno y Vaquilla decidió salirle al paso a Celeborn en el Bosque Cerrado, allí donde alguna vez el señor Samsagaz y el gran Frodo cenaran con Gildor Ingloriond de la casa de Finrod el Grato.

Para que al fin le contaran de los periannath de los Días Antiguos.

Y de Nellas.

Cruzó Delagua. En el puente arrojó el sombrero emplumado de comisario al río, subió el camino hacia La Colina y bajo las estrellas, y llegó al campo de la fiesta de Bolsón Cerrado, donde crecía el único mallorn al este del mar y al oeste de las montañas.

El viento elevó a la luna la plata en la corteza del árbol, y los ramajes rutilaron su otoño dorado inclinándose íntimamente hacia los azules y violetas de los jardines de Bolsón Cerrado, donde alguna luz de las ventanas redondas se mantenía allí siempre para todos y tantos.

Merdo rió a carcajadas, saltó la cerca que rodeaba al campo de la fiesta y se arrastró debajo de los arbustos cambrones que lo circunvalaban. Cruzó el campo de tardías flores blancas y se acercó bajo el árbol con gran soltura y alegría que no había sentido desde los días de sus lecturas del Libro Rojo y desde, por supuesto, su sueño con la Nellas tras las torres verdes. Y en verdad le pareció que de algún modo la misma entrañable melancolía de contemplación de las torres le brotaba al mirar al mallorn, como el otro sentido de esa alegre melancolía, que en lugar de partir con el mar al oeste, amanecía rutilando en la Comarca.

Amanecía bajo la luna.

Soltó una carcajada.

—Nellas —dijo el hobbit peloso—, soy Merdo.

De pronto se acordó de Galadriel y Celeborn con tal nitidez que pensó detrás de ellos en Thingol y Melian, en Oromë y Vána. Entonces se postró ante el árbol para vaciar las últimas monedas de cobre de su saquillo de cuero monedero y meter en él un puñado de tierra y hojarasca.

—Arëo nékao galen —dijo sin saber porqué, guardando el saquillo de tierra en el zurrón del costado y sintiéndose respirar hondo.

Se levantó para partir, sacándose de debajo de los pantalones el ancho puñal del tipo eket que, a imagen y semejanza de Aguijón, se forjaban entonces en la Comarca para los viajes. Lo había heredado de su padre en los días en que había explorado el bosque de Eryn Vorn, y Merdo lo usaba comúnmente para las labores del jardín y las acampadas de las mensajerías.

Se lo ciñó al cinturón y, calándose la capucha verde de su manto, se echó al hombro su saco vagabundo con agua, libros y alimentos. Silbando, bajó La Colina que tantos grandes habían bajado antes que él, metiéndose en los arbustos del otro lado de Delagua para tomar las verdes senderos de las granjas hacia el Bosque Cerrado.

En sus felices días de transcriptor y mensajero con libro en la mano, había recorrido varias veces y por distintos puntos de inicio la ruta de Sam, Frodo y Pippin desde Bolsón Cerrado hasta Cricava —aunque había dejado para sus futuros años de viaje el cruzar por debajo del pasaje a Bosque Viejo. De modo que, pese a haber seguido sus primeros pasos desde Delagua hacia el sur, la vereda que se había terminado formando a través de las granjas por muchos curiosos de esa ruta, había obligado a muchos granjeros a reforzar sus cercas en setos más espesos, tablas más altas y perros más furiosos.

Así pues, en cuanto Merdo alcanzó el Camino del Este que iba desde su natal Colinas Lejanas hasta el Puente Brandivino, en lugar de seguirse al sur, dobló a la izquierda al este por sobre el polvo claro a la noche, decidiéndose de pronto a visitar primero la Piedra de las Tres Cuadernas y seguirse hasta el arroyo que bajaba del País de las Colinas Verdes en cuyo crucero ya había pernoctado entre los arbustos en verano numerosas veces, antaño de viaje bibliotecario y recientemente como borrachín perdido.

Desde allí, a la mañana siguiente subiría el arroyo hasta lo alto de la arboleda oscura de abetos, donde aquel zorro anónimo y ahora famoso había encontrado dormidos a Pippin Frodo y Sam, intuyendo que había algo extraordinario tras ellos.

Pero cuando llegó a la Piedra de las Tres Cuadernas estaba tan mareado, jadeando sudoroso el alcohol, que apenas atisbó a lo lejos a la derecha la sombra inhiesta de la silueta rocosa salió del camino dando traspiés hacia el cerco de hayas y álamos y, arrimándose al rincón de una barda baja cubierta de hiedra, se envolvió en su manto y se quedó profundamente dormido con unos ronquidos épicos y un pie afuera.

III

La Piedra de las Tres Cuadernas

Despertó al ventoso mediodía con la cabeza como una colmena y la boca suspirante de una pinta lo más oscura y fresca posible.

Merdo se alzó la capucha, se acabó el odre y se engulló el pan negro con el resto del queso que se había echado al saco en *El Dragón Verde*. Sólo cuando volteó la mirada y encontró La Piedra de las Tres Cuadernas, recordó su empresa y no supo si se alegraba o entristecía, pero colmado de todo aquello tan hondo, se puso en pie como pudo.

Se sacó la capa de encima y se arremangó acalorado la camisa roja a cuadros negros, y caminando con paso blando hacia la piedra, descubrió unas voces que rondaban cerca: se trataba de un par de lecheras gemelas de rizos cobrizos y pecas consteladas de canela, vistiendo cofias bordadas, mandiles floreados, cubetas vacías y canastas rellenas. Parecían chismorrear sentadas contra la roca del tamaño de tres vacas, de roca gris azulada pulida por el limo, estriada por el musgo y con manchones de tréboles en sus raíces y huecos donde los álamos circunvalantes habían escanciado su hojarasca incubando con las lluvias, retoños en las grietas de la piedra.

Las señoritas hobbits tenían ante ellas una amplia servilleta abierta y de ella picaban un pastel de nueces y mantequilla, simple y amarillo, en medio de unas empanadas de espinacas con carne de cordero. Al ver y oler acercarse a Merdo en puñal y mal fajado, sudoroso y cervecado, guardaron su cotilleo y taparon su pastel con una de las cubetas vacías, mirándolo con ojo pequeño. Y quizá entonces al señor del Fresno y Vaquilla le pareció que no podía encontrar, ni aquel día ni cualquier otro, al señor Celeborn, si tan mala entraña le inspiraba a tales damas, o quizá porque el antojo del pastel pudo más, pero Merdo comenzó a hablar.

Quiso cantar pero no pudo.

Comenzó a contar, y de pronto no podía parar.

Arrancó con las palabras de Elrond: «Hubo un tiempo en que una ardilla podía ir de árbol en árbol desde lo que ahora es la Comarca hasta las Tierra Brunas al este de Isengard.» Después les describió los antiguos bosques que podían haber cubierto las praderas que veían ahora. Al principio lo hizo sólo para darle profundidad a la contundencia de que, desde entonces, ya estaba allí aquella roca verde toda de musgo, limo y trébol, y sin saber cómo, se le desbordó el pecho en lo que más le crujía en sus entrañas, y les contó que aquella profunda foresta que fuera entonces la Comarca debía haber sido edades atrás parte del Taur-im-Duinath, el bosque entre los ríos, que en su estribación norte se estiraba hacia Beleriand entre el Gelion y el Sirion, tomando así su nombre.

Y que acaso, tres edades antes de que hubiera hobbits almorzando en aquella piedra, pudo haber sido allí mismo una ruta de descanso de algunos de los silenciosos hombres Púkel, que, acompañados de alguna tribu de sigilosos periannath, viajaban hacia el oeste atraídos por los ecos que las bestias contaban sobre los portentos detrás de las Montañas Azules.

Merdo también les describió lo que sabía de las costumbres de los drúadan, añadiendo lo que él se había figurado que por su influencia imitarían los periannath, las criaturas hablantes de los arbustos, también vistiendo en poca ropas faldellines de pieles y chalecos de pelliza «¡Esos sí que debían ser muy antiguos y aún a la moda entre los pastores!» sentados en cuclillas sobre sus grandes pies —como entonces Merdo se sentó ante ellas—, con sus puñales de piedra pulida y hueso afilado y hondas muy cazadoras colgándoles de sus cintos. Tendrían la piel oscura, casi morada, para camuflajearse bajo las sombras de la maleza, y quizá los ojos muy brillantes cuando el sol les alcanzara las caras en rocas como aquella, donde, como una isla en medio del mar verde del bosque, el sol los encontrara. El mismo sol que se había alzado por vez primera desde su barca en Valinor cuando los primeros hombres y hobbits nacieron en la lejana Hildorien. El mismo sol que los veía ahora.

Asimismo, les contó cómo debían haber departido allí mismo los periannath en los Días Antiguos con su lengua de trinos de aves y chasquidos de insectos que compartieran con los drúadan. Allí comieran de lo cazado y colectado los dos pueblos como hermanos, antes de seguir su ruta hacia el oeste misterioso y memorioso.

Tras el primer susto y aturdimiento, Hierbabuena y Manzanilla, las dos gemelas lecheras, se entusiasmaron con este extraño cuento y le preguntaron sobre los modos de la cocina de los viejos días. Entonces Merdo, con palabras que otro no habría encontrado ni con una década de lecturas en Minas Tirith y ante el interés de las doncellas preguntonas, descubrió sobre las papas que cocían untándolas con lodo y puestas a cocer en las camas de ceniza ardiente de las fogatas, y de los asados de lonjas de serpiente puestas sobre las piedras calientes, sazonadas con bayas y hierba de olor que ya desde entonces lo hobbits colectaban de la maleza y que portaban en pequeños potecitos de barro que se colgaban del cuello. Y que bebían un zumo de helecho endulzado con el jugo de zarzamoras y frambuesas con el que acompañaban un pan de cacería elaborado con granos semi molidos y amasados dentro de un cuero de conejo con agua, para luego enrollar la masa en un palo que ponían a tostar sobre las brasas.

Para entonces Manzanilla y hierbabuena habían invitado a Merdo a departir con ellas como la tribu periannath junto a los drúadan, y el peloso, de pronto abillantado su ingenio con los contares que ya no podía parar, en lugar de engullirse las cuatro empanadas y el esponjoso trozo de pastel que mucho se le antojaba, tuvo la prudencia de envolverlos en su propio pañuelo y guardarlo para las rutas, atisbando por el rabillo del ojo el País de las Colinas Verdes que le esperaba. Pero en cambio sí bebió de toda la leche que le ofrecieron.

Soplaron unas nubes de lluvias acongojadas por venir, y las hermanas levantaron su convite para volver a casa por el Camino del Este, porque venían de Delagua, a donde habían llevado leche a Chimuela Polvorón, su tía enferma, y tenían que continuar su regreso a Ranales.

Sin poder parar ya su contar, Merdo se ofreció a acompañarlas hasta el cruce del arroyo y, no bien recogieron los tres sus cosas y echaron los pies a sacudir el camino, el que los parroquianos llamaban *El Botellín* les vislumbró a las gemelas en su relato, como también las tribus de Púkel y periannath levantaron su campamento y siguieron su propia ruta al oeste, lenta e inexorablemente, al modo de las migraciones de aquellos días, tal como también los Eldar desde el lago Cuiviénen alguna vez en su propia migración habían demorado por años o siglos en algún hermoso otero o a la vera de algún estanque de

intensas flores, hasta que una o dos generaciones más tarde, terminaron algunos por cruzar las Montañas Azules que las gemelas podían ver a su espalda, por el valle forestado que entonces había, y que ahora era el estuario de Lhûn donde reposan los Puertos Grises que siempre le comprimían la garganta.

Y como entonces en los rostros de las dos damas se mostrara que poco sabían de los Días Antiguos pero que mucho había logrado intrigarlas, Merdo les contó de cómo Oromë encontró a los Eldar y de los moriquendi que nunca fueron, y de los sindar que se quedaron en las costas, y de los noldor y vanyar que a Valinor llegaron, y de los Árboles de la Luz y del Negro Enemigo del Mundo, y del oscurecimiento de Valinor y los Silmarils, y del retorno de los noldor tras la primera matanza de hermanos, y de las trompetas de plata de Fingolfin en Helcaraxë cuando se alzó por vez primera la luna.

La lluvia los alcanzó con su brío y frío, pero Merdo ya se ahondaba en sus mayores querencias. Y fueron en los ojos de las hermanas, Galadriel y su hermano Finrod Felagund a quien Merdo tenían por el más grande de los Eldar. Y de Thingol y Melian juntas sus mirada en Nan Elmoth y... y... y... como allí volvió otra doncella élfica al confín de sus palabras, se le rompió la voz, pero mientras tronaban a lo lejos los cielos, se dejó llorar, y la profunda conmoción de su espíritu lo llevó a Beren y Luthien y de ese llanto conmovido en lluvia bailaron los dos grandes, habló Huan el bueno, hirió Celegorm el roto, cantó Finrod el Grato, cayó dormido el Negro Enemigo del Mundo, perdonó Thingol, enloqueció Carcharoth, cantó Luthien ante los Valar, y cuando volvieron los dos juntos de vuelta al mundo a morar en Tol Galen, los tres hobbits lloraban y reían.

Así llegaron al cruce del arroyo bramante y el Camino del Este, pero antes de dejarlas ir, Merdo supo que tenía que completarles el cuento que había empezado y que la serpiente se tenía que morder la cola en espiral. Así pues, con breves y contundentes palabras, mientras veía los rostros de las hermanas chorreando bajo las cofias, descubrió como habían llegado también los kuduk al cruce del río Gelion y el Andurath y que allí se habían encontrado a Beren y a Luthien en Tol Galen, que tras la caída de Thingol portaba ella el Nauglamír del Silmaril en su danza, aquel que luego sería la estrella de la tarde. Y así como los sindar de Doriath vieron en Melian la luz del oeste, así también los kuduk vieron en Luthien la gracia del Glamour Verde Solar Evanesciente de los Árboles de la Luz

en la sencilla y limosa Tol Galen, y desde entonces esa tribu de kuduk fue llamada por primera vez periannath y sus ojos llevaron un brillo intenso aún cuando se hallaban en las malezas.

Y a Beren y a Luthien sirvieron, y moraron en las laderas que bordeaban las riveras de la isla con tal gran alegría como sólo pudieran comprender ellos mismos, que habían nacido en los días de gracias y gloria del rey Aragorn y la reina Arwen, que no hacía mucho habían partido, como también habían partido Beren y Luthien algún día.

Las hermanas Hierbabuena y Manzanilla se despidieron con un abrazo de Merdo, como si fuera su pariente, y cuando la lluvia se las llevó, también en ellas había un nuevo centelleo en su mirar.

IV

El soto del zorro anónimo

Merdo se sentó a llorar a la vera del arroyo con una mano en la frente.

Nunca había sido tan feliz.

Cuando las hermanas se anegaron en la distancia, se levantó con profundos suspiros y cogió la orilla del arroyo para subir al País de las Colinas Verdes.

Y mientras, sus pies frotaban la ruta entre las altas hierbas, los juncos intrépidos y los alisos lloviendo su hojarasca en la orilla; el pensar de Merdo subía por el río Gelion y sus espesuras, y de pronto la lluvia cayó sobre Merdo de la Comarca y Mwrđ de Beleriand al mismo tiempo.

Le urgía escribir todo lo que de Mwrđ se le desbordaba, pero con la lluvia no se atrevía a asomar del saco su petaca de cuero aceitado donde cargaba el manajo de manuscritos y su propia versión de bolsillo del Libro Rojo. Entonces, para no olvidar cuanto de lo Mwrđ lo acosaba, se hundió profundamente en los pies hollando las orillas del Gelion, discerniendo cuál tendría que haber sido el viaje del perian siguiendo también como él, río arriba, donde en Doriath esperaba la temible esperanza.

Habría emprendido la ruta al norte con la corte de Dior Heredero de Thingol, su esposa Nimloth y sus hijos Eluréd, Eluchíl y Elwing —que sería la esposa de Eärendil y la madre de Elrond. Mwrđ por supuesto sería el Perro de los Elfos de todos ellos, pero ¿de quién en particular? Porque el amor del perro elige sólo un amo... ¿Dior? No, era demasiada altura, porque habría sido mejor servir a uno más sencillo y humilde. Por ejemplo uno de los hombres de armas de Dior, un montaraz de aquellos bosques.

¿Mablung Mano Pesada? No tan alto tampoco. No, mejor a uno que conociera desde Tol Galen, un elfo verde de Ered Luin, quizá no muy alto, casi aññado, con los cabellos castaños y ojos verdes, vestido en pieles grises. Llandwn. Habría servido a Beren y Luthien desde su retorno de la muerte y marchado junto con los ents contra los enanos de Nogrod

que saquearon Menegroth. Quizá incluso ya habrían llegado los kuduk por entonces. Quizá Mwrđ a su servicio se hubiera probado en armas en aquella lid tan dolorosa en el vado en el que el Nauglamír fue rescatado de entre la sangre.

Sí, y Llandwn, el sindar, podría haberse quitado del cinto su propia daga para armar a Mwrđ, y desenvainar su espada para liarse los dos juntos cuando las piedras y las flechas faltaran.

¡Sí! Mwrđ perro de Llandwn de la casa de Dior.

Así pues, con aquel y con aquellos habría seguido el Gelion al norte hasta cruzar por el penurioso vado de Sarn Athrad hacia Estolad y Nan Elmoth, y cruzando por fin el río Aros, alcanzar Menegroth para coronar a Dior, portador de la luz de los árboles con el Silmaril.

Allí y entonces, habría conocido Mwrđ a Nellas.

Y quizá, quizá como había soñado, le habría sonreído.

Una vez hallada la ruta de su contar, Merdo se lo repitió una y otra vez, primero para no olvidar las palabras que solas brotaban para engalanar el detalle y engarzar los episodios, y después sólo para regocijarse imaginando los días cotidianos de caza y servicio con Llandwn. Las bromas entre ambos, la relación de su amo con Mablung, la de Mablung con Dior, y de aquellos entresijos, se encontró Mwrđ jugando buenamente con Eluchíl y Eluréd y Llandwn llevándole mensajerías a Elwing.

Y así se fue la mayor parte de la jornada arroyo arriba hasta que la lluvia se venció con la tarde, pero dejando el cielo entero espesado en sombras, hasta que el crepúsculo descendió por ellas y las hizo estallar en púrpuras y dorados al filo del oeste sobre Ered Luin.

Merdo se detuvo resoplando en una roca musgosa entre unos avellanos temblorosos, apoyando la mano en su propia daga, imaginándola como aquella que habría recibido de su amo en el vado sangrante. Y que aún no se ganaba su nombre. Ninguno de los dos.

Aunque aún le faltaba ruta para alcanzar alguna de las primeras cimas de las Colinas Verdes, Merdo reanudó la marcha, pues prefería caminar parte de la noche para no enfriarse, porque tras la lluvia, la acampada en lo abierto sería mucho más hostil de lo que podría ser si se las arreglaba con una fogata cuando alcanzara el soto del zorro anónimo entre los abetos de la primera noche fuera de Sam, Frodo y Pippin.

Volvió a darle de que hablar a sus pies con la pendiente, y volvió Merdo a dar de que escribir a sus manojos. Como todavía no se atrevía a detallar su encuentro con Nellas, sin querer forzar qué o cómo tuviera ella que hablar, entonces se holgó Merdo en mejor extraviarse en la anónima épica de las guardias fronterizas con Llandwn en las fronteras de Doriath, ya fuera a Nan Elmoth liándose las a pedradas y puñaladas contra las patrullas de orcos hocicudos y wargos aviesos de Morgoth, cada vez más audaces en la región en su búsqueda incesante por Gondolin; o quemándose en terror y filo contra las telarañas de Ered Gorgoroth, incluso llevando alguna mensajería al pueblo de Haleth en Nimlath, asomándose pesaroso al Caer-en-aras, por donde habían caído Glaurung, Túrin, Níniel y Morwen.

Oscurecía, y con ello recordó que en el *Quenta Silmaril* se decía que la tumba de Túrin había sobrevivido a la ruina de Beleriand, y Tol Morwen era todavía una solitaria isla sombría en el mar nocturno. Entonces se dijo Merdo —con bastante escepticismo— que si se hacía a la mar alguna vez, valdría la pena un estudio de aquellas ruinas, como también otro del islote de Esgaroth tras la ruina de Smaug. Pero como todo aquello sonaba para pies mayores que los suyos —más de Fredegar Bolger que de Samzagaz—, quizá no valía la pena ficcionar.

O sólo valía la pena ficcionar...

¿Y sí... algún día tomaba como amo a uno capaz de aquellos trotes?

Alcanzó el soto de los abetos. Crujía el arroyo en un cintillo centelleante en la pendiente, aún en la noche encapotada. Merdo se esforzó por domar su seso viajero para tenerlas todas con él allí donde la sombra era más espesa entre el olor de la resina.

Al sumergirse en la olorosa oscuridad en la que titilaban las gotas tardías de lluvia y crujía la madera en humedad, Merdo avanzó con más cautela para no tropezar con las ramas caídas, ni resbalar con las camas de agujas de pino en el lecho enlodado del arroyo. Aunque por supuesto no era su primera noche en solitario al descampado, lo comenzaron a traicionar las sombras que había invocado, y su atávico temor a las arañas, que no sabía si lo había escogido o le había tocado, pero que en cualquier caso le palpitaba en la piel. El enfrentamiento contra las arañas de Gorgoroth que en la tarde le había parecido heroico, ahora le resultaba una insensatez, y por más que quiso dejar de pensar en ello, la telaraña de su propia imaginación henchida por la soledad, la oscuridad y el frío, lo hicieron caminar cada vez más lento y temblar cada vez más con el frío.

De pronto tuvo la certeza de que eso de andarse sumergido en lo profundo de poderosos relatos ancestrales, tañendo continua e incesantemente nombres de poder, era en verdad un gran peligro. Y creyó entonces que ya había aprendido la lección, y que si tenía la fortuna de que las sombras permanecieran quietas e inocuas, a la mañana siguiente emprendería el regreso a las Colinas Lejanas y al smial de los Belifantes, a rogar por su antiguo trabajo, así fuera en esforzadas tareas lejos de la biblioteca, cuidando a los niños menores, dedicándose desde entonces a escribir sus inquietudes al amparo de un tibio y seco rincón, sin necesitar volver a viajar más que por nuevas tintas. ¿Cómo había ido a dar en solitario con una noche fría y escabrosa él, que lo había tenido todo con jardín al pie y libros a la mano?

Para él, evidentemente ni siquiera a la altura de Fredegar Bolger, ese andar le fue como el túnel abajo hacia Smaug. ¡Qué grandes habían sido los señores de Bolsón Cerrado que habían hollado a pie Bosque Negro, Erebor, Moria y el Antro de Ella-Laraña! ¿Cómo es que habían sido simples hobbits como él y habían salvado a sus amigos, a la Comarca y al mundo entero? Y Merdo no podía ni salvarse a él mismo.

Tropezó con las astas de una rama y cayó sobre ellas quebrando algunas. Al caer de lado se raspó la cara con el tronco de un pino, rasgando el silencio que debía ser su paso hobbit.

Tanteó en su cinturón para coger la empuñadura de su daga sin nombre y, como si con ello hubiera provocado a la noche que hasta entonces se hubiera contenido, escuchó un extraño barullo en algún lugar más adelante. En un principio había creído que era el eco de su propia caída, pero de pronto se espesó en una especie de bramores o ladridos.

Se espinó de terror, crispándosele la cara como si le hubieran jalado la piel de las orejas. Se dio la vuelta para huir a toda carrera del bosquecillo, de ser necesario por entre las aguas para tener más presteza, cuando en el ruidazal y la batahola de ladridos le pareció distinguir, en efecto, ladridos y un algo más tenue pero crispándose a cada instante:

El chilloteo de un perro.

Aún así, se disponía a correr, cuando distinguió sólo uno o dos ladridos distintos y no una jauría como le había parecido en un principio, y por la que habría huido sin pensarlo con la vergüenza cosida a la nuca, así hubiera escuchado los alaridos de un niño de brazos.

No era ni siquiera digno heredero de Lobelia Sacovilla.

Ya todo se trataba de no llegar hasta Otho, y de ser posible, ni siquiera a Ted Arenas. De ser posible.

Aguzando su mirar en la oscuridad, acaso porque se hubiera acostumbrado a la enramada o tan sólo por la virtud del terror, discernió entre las sombras las siluetas de los troncos de los abetos y los claros de las agujas de pino, y desenvainando, siguió la orilla del río en una curva en la ladera de la colina que era todo lo que le ocultaba el caos: dos perros moteados en grises hostigaban a otro perro más joven, blanco y esponjoso. Los remontados debían ser los animales de algún granjero cercano quizá holgándose un poco más lejos de sus cotos, para alejar al extraviado perro callejero, que patas arriba trataba de defenderse, sacudido por las tarascadas al cuello y las patas.

Merdo se acercó gritando nombre de dragones —que fue lo primero que se le vino a la lengua— y con el Scatha y el Ancalagon en la boca, zumbó la daga de un lado a otro descubriendo de pronto con pasmosa claridad su estupidez.

Tomados por sorpresa imbuidos como estaban en su vicio, los dos perros grises saltaron a un lado, pero no bien calaron y olieron el miedo del recién llegado le ladraron con los colmillos nítidamente pelados, dando saltos adelante y atrás, pero sin acercarse todavía al alcance del acero.

Uno de los perros comenzó a flanquear al hobbit, que retrocedió hacia el arroyo para huir de la locura protegiéndose en su gelidez. Entonces el perro blanco, ya una vez erguido y envalentonado, se le abalanzó al que se le acercaba de lado, y con ellos, los brazos y piernas del señor del Fresno alias *El Botellín*, lo traicionaron, arrojándolo al frente, presentando la daga al hocico del otro perro toda vez que el animal giraba la cabeza con sus ladridos.

Perdida la ventaja y habiendo vagado ya bastante lejos de su granja, los perros pintos no vieron más la necesidad de perder su tiempo, y regularon, primero con cautela y después dándose la vuelta con más soltura, meneando la cola despreocupados, desapareciendo entre los árboles para regresar a cenar a casa.

El perro blanco de los grandes ojos alegres, el hocico puntiagudo, la mitad de la cara en una mancha y la cola esponjada agitándose como una gran pluma blanca, se encogió saltoneando de un lado a otro como un cachorrito emocionado, y se le arrojó al pecho a Merdo con mucha confianza, mordiéndole una mano jugueteando con ella.

—¡Huanim! ¡Huanim! —le llamó el hobbit riendo grandemente, resquebrajadas todas sus sombras, abrazándose al cuello del perro vagaroso— ¡Huanim! ¡Huanim el blanco! ¡Huanim el valiente! ¡Qué buen perrito! ¡Qué buen perrito! —exclamaba mientras le acariciaba.

V

Al umbral del Bosque Cerrado

—Te llamaré Ciervo —dijo Merdo envainando su puñal relumbrante a la luz de la fogata, recordando las ramas de astas en que había despertado la hoja a aquel episodio, al fin de merecer.

Allí mismo había decidido acampar, a la vera del arroyo, sin más arrestos y aliento para seguir adelante. Colectó ramas dispersas y tardó bastante en hacer despertar alguna chispa con el pedernal y el puño de la daga sobre la yesca cuando se le acabaron las cerillas. Luego siguió una larga hora de soplidos contra el torturante humo que le escaldó los ojos y la boca hasta que finalmente se conocieron Merdo y Huanim ante la luz, y se sumergieron en el calor, riendo y ladrando largo rato hasta aullar los dos y compartir una empanada de espinacas y carne con un poco de pastel para cada uno, bebiendo toda y tanta agua quisieron.

Le quedaba comida para un día más, y si no quería comenzar a alimentarse de puras bayas, hormigas y escarabajos, tendría que replantearse la expedición. Podía alcanzar antes de la noche siguiente el Sítial de Gildor en el Bosque Cerrado, pero no podría esperar más que un día o dos a Celeborn antes de que el hambre lo obligara a buscar comida en alguna de las granjas cercanas, quizá incluso en la de la familia Maggot. Aunque le horrorizaba la leyenda negra de sus perros, pensó que podía ganarse unas papas leyéndoles unos fragmentos del Libro Rojo con voces dramatizadas de la parte en que aparecía su pariente, El Viejo Maggot, a la ayuda de Frodo.

Durmieron uno junto al otro emanando del empapo vapor al amparo de la fogata, y para la madrugada no había duda: los dos se habían elegido de por vida, y Merdo se maravilló de que en menos de una noche sus manos se sintieran tan a gusto.

Se levantaron en la hora fría de antes del alba. Reanimó Merdo la fogata para calentarse y comer cada quien la otra mitad de una empanada. Sonrió: eran como sus

lembas de espinaca. Se lavó la cara con el agua a casi congelar y reemprendieron la ruta mientras el cielo se henchía de rápidas nubes rosas en el este esclarecido.

Apuntaba un día escarpado de vientos bravos.

No bien la emprendieron hacia el este, encontraron la vereda que corría de los smials Tuks a Cepeda. Al comenzar a descender la loma saliendo del soto de abetos, el País de las Colinas Verdes se desenrolló a la distancia en lomas esparcidas entre la bruma matinal, con salpicadas copas de árboles a la vera del camino, serpenteándose hacia el horizonte espesado a la distancia en mareas marrones y pinceladas carmesíes de las marchas otoñales del Bosque Cerrado.

Cuando el sol le brotó a la cara, ya Merdo escogía algunas de sus canciones favoritas del Libro Rojo para cantarlas pendiente abajo —*¡Ah Elbereth Gilthoniël!* y *El camino sigue y sigue* sólo para abrir boca— cuando descubrió que no había transcrito aún sus notas mentales sobre Mwrđ, Llandwn y los periannath en Tol Galen, tal como esperaba, pero ya de pronto a pie bajante y Huanim correteándole alrededor, prefirió alcanzar cuanto antes el sital de Gildor para aprovechar el día y la risa, tan escasa a veces.

Esa inquietud escribana, que le había sido una necesidad desde siempre —la angustiada ansiedad cuando se hallaba sin pluma alguna o la colmada dicha cuando hay tinta—, de pronto ese día le dejó de lado sin mayor necesidad, por el sencillo contento de una ruta acompañada. Así pues, no pensó en toda su marcha en los hechos de Mwrđ, resultándole uno de los días más felices que recordara en su vida, no sólo olvidando a ratos a donde iba y porque andaba, sino incluso volviéndole el deseo largo tiempo abandonado, de alguna vez seguir y seguir el camino como dice la canción, hasta salir de la Comarca como había creído de más joven que haría cuando llegara a la edad que ahora tenía.

No se detuvieron para comer, con el fin de guardar las raciones para la acampada. Merdo no sólo cantó todo el repertorio del Libro Rojo, sino que repitió tres veces algunas canciones preferidas en rondas temáticas —lo élfico, lo enano, lo humano, lo hobbitico y al final de nuevo lo élfico. Incluso silbó largos trechos de melodías a medias recordadas, a medias encontradas, a medias inventadas.

Cuando el sol de trigo de la media tarde le tostó con el viento esas melodías espontáneas y el Bosque Cerrado atisbaba sus umbrales con olores de suaves y amargas humedades, de pronto se paró de golpe por un súbito estallido de armonía en algún lugar distante de su espíritu.

Y supo que esa tendría que ser la melodía de la balada para Nellas.

Se descolgó el saco de la espalda, lo abrió y después lo soltó al suelo con prisa y brusquedad, quedándose en las manos con la petaca de cuero de sus libros, pero cuando luchaba nervioso contra las hebillas tarareando para no perder la melodía, levantó la mirada súbitamente como si alguien lo estuviera mirando, y allí, a la orilla del camino encontró un anciano tocón gris, ahuecado por la desventura, desraizado por el rayo y sin embargo verdecido con retoños inesperados en sus muñones.

Casi también soltó la petaca al descuido de no haberlo visto antes.

Para él, aquel lugar era como mirar las Argonath, el Árbol Blanco de Minas Tirith o el estanque del Kheled-Zhâram. Había viajado hasta ese tocón otras seis veces en su vida desde las más dispares rutas y destinos para contemplar el lugar en el que Frodo, Sam y Pippin se ocultaron por primera vez del Rey Brujo Khamûl, y donde también años más tarde se encontraron a Bilbo, Elrond, Gildor, Gandalf y Galadriel. ¡Galadriel! Allí mismo, en esos polvos en un otoño como aquel.

Apenado, recogió sus cosas y las llevó a la vera del camino para acercarse al tocón y, con cautelosa reverencia, meterse una vez más en la ennegrecida mondadura, cerrando los ojos y recargando la cabeza en silencio.

Silencio.

Huanim le ladró, allí con la cabeza ladeada preguntándose no sé qué cosa. Merdo salió del rincón, acarició la madera descortezada y se sacó del zurrón del costado el bolso de cuero con tierra del Mallorn, para añadir un poco del humus que rodeaba al tronco y luego sentarse recargándose cuidadosamente en él, estirando los dedos de los pies al viento del camino y llamando a su perro para acostárselo al lado y rascarle la cabeza mientras una media sonrisa en su rostro encontraba al sol.

Se quedó dormido.

Bosque adentro

Mwrd

Desenvainares

Ramas

Alaridos

Celegorm

Despertar

El viento tiraba del azul profundo en el cielo, y en sus sombras, el frío fraguaba la noche y anunciaba a Eärendil.

Huanim se afilaba los colmillos con un reborde del tocón.

Merdo se levantó aturdido y sediento. Bebió y, con la mano en cuenco, compartió del odre con el perro.

La melodía se había desvanecido.

Guardó sus cosas y tras una reverencia al tocón, encaró el umbral del bosque y se dirigió a él.

Temblaba.

VI

El sitio de Gildor

Merdo del Fresno y Vaquilla esperaba sentado de espaldas en un abedul frente a su fogata, que crujía sin humo.

El viento se llevaba a las nubes con prisa y contento. El sol brillaba en plenitud en el frío cielo azul sobre el otero por tres lados arbolado, y al este en empinada pendiente hacia el valle del río del Brandivino y el rumor brumoso del Bosque Viejo más allá.

En aquel sitio había cenado el señor Frodo con Gildor Inglorion de la casa de Finrod, y Samzagaz había recibido consejo de los elfos. Ahora, ese lugar estaba cubierto de altas lilas que se mecían bajo las ramas deshojadas de los abedules.

Huanim corría de aquí para allá persiguiendo perdices.

Esta vez el hobbit había encontrado la ruta sin dificultad.

Sólo una vez antes había estado allí, pero cuatro veces más se había extraviado queriendo llegar, pese a que tenía el lugar marcado en los mapas —la pendiente que mira al arroyo al centro este del bosque— y la descripción de su localización era clara en el Libro Rojo: «Descendiendo entre avellanos por el pliegue de la colina y luego internándose en el sendero verde a la derecha.» Todas las veces el bosque parecía haberlo evitado, desviándolo hacia las rocas al sur, los campos al este o las flores al norte.

Sin embargo la luna clara había dado paso franco a la noche estrellada anterior, mostrándole casi a modo de invitación el sendero verde que los llevó al otero entre los vientos, donde taciturno, había hecho fogata, cenado con el perro y dormido profundamente.

Este nuevo día desde el despertar, se había preparado para esperar la llegada de Celeborn.

Y eso lo aterraba todavía más que la jauría en la oscuridad.

Era el pánico de que, llegada la hora más crucial de su vida, por descuido, pusilanimez o estupidez, las errara todas. Jamás, nunca jamás, se lo perdonaría.

Les quedaba comida para dos días más estirando sus raciones, aunque corriendo abajo el arroyo por el agua no tendría que preocuparse. Siempre podría probar con aquel plan de bayas y escarabajos, e incluso arriesgar una expedición fugaz con los Maggot para papas por lecturas.

Porque una vez allí, no estaba dispuesto a irse.

Claro que Celeborn podría haber partido sin que se dieran cuenta ni los grillos, o acaso saliendo de Bosque Viejo —porque seguro visitaría a Tom Bombadil. También podría haber tomado un bote por el Brandivino y bajar por él para cantar en el bosque oscuro de Eryn Vorn antes de subir por Harlindon a los Puertos Grises.

Pero su deber era permanecer allí hasta que pudiera o, jamás, nunca jamás, se lo perdonaría.

Al menos tenía mucho por escribir, lo más amado para leer y tiempo libre para meditar, que al fin sin andar corriendo, le parecía un gran don, que como no había sabido cuanto quería o necesitaba hasta que había llegado allí, se daba por bien cumplido.

Tronaban ociosamente los carbones. Barrían el azul las nubes rápidas. Crepitaban lentamente las ramas estirándose unas a otras.

Con su libreta de notas abierta entre las piernas, con una mano en su pluma y la otra en la empuñadura de la daga, cabeceó amodorrado hasta quedarse dormido.

Justo antes de cerrar los ojos, vio posarse entre las hierbas a una diminuta mariposa morada.

Y le pareció escuchar a lo lejos, el tañir de un arpa entre los árboles.

Bajo por el camino zigzagueante a toda prisa,

entre los árboles bañados en polvo y plata.

Truenan los cuernos de cacería en lamentos,
ladran en guerra las jaurías arrancándose las caras.

Silban las flechas buscando ojos y cuellos,
y crepitan las espadas hambrientas de rebanar.

Toda la sangre es lluvia de pesares.

Las épicas todas se están pudriendo esta noche.

Es masacre de hermano otra vez, ¡ay!

Los hijos de Feänor en su furia envidiosa
no han soportado la grandeza de los de Beren.

Y Menegroth cruje hacia el olvido.

Tengo roto el chaleco, quemados los pelos de los pies,
encuentro tras los arbustos a mi amo Llandwn sangrando;

le embistieron tres con lanzas, espadas y bríos,
y él se defendió a filo pero sin dar estocada,
devolviendo tajos por lo plano y puñadas a la cara.

Le han sangrado de brazos y piernas,
pero han caído los otros, desarmados, sin sentido.

Me ve llegar, me abraza, se apoya en mí y me mira:
“¡Se han llevado a Eluchíl y Eluréd!”, me clama,

“¡para extraviarlos en el bosque hasta su muerte!”

*Me apresto brioso a seguirle así sea a la ruina,
pero él me mira con el gran verdor de su mirada,
y me dice con cuidado en lenta despedida:*

*“Mi fiel y buen Mwrđ, he visto también
a Nellas de donde se escucha esa lid.*

*De este lado del puente de donde
Dior dio con Celegorm en sangres,
entre los sirvientes del oscuro Caranthir
que aún saquean y todo lo arrasan.*

*¡Ve por ella Mwrđ! ¡Dame tu mano si no volvemos!
¡Que iré yo bosque adentro tras Eluréd y Eluchíl!
¡Rescátala y huye con los fieles de la princesa Elwing!”*

*Despídome de mi amo abrazándole como a un padre.
Ya arden los árboles en alaridos de lenguas de humo,
cuando dejo atrás a Llandwn que alza la espada y se vuelve.*

*¡Nellas! ¡Nellas! ¡No sea la tuya mi tiniebla!
Corro entre la maleza arruinada, de vuelta a la lid,
sobre las cabezas bellas rodando sangre entre cabelleras,*

*entre damas destripadas sobre sus hijos asaeteados,
en espiral entre las escaleras en dedos bañadas,
incendiándome en la demencia incrédula
del elfo masacrado, del elfo masacrante,
del halo de Morgoth supurando toda su risa.
Sufro de mi puño que desenvaina enloquecido.*

*Tropiezo en la escalera del risco de limo cantante,
Con Hithris Niebla Filosa de Caranthir montero,
uno que dijo servir a Oromë y es ahora hereje.
Nos vemos. Nos odiamos. Nos cercamos.
Me roba la hora de encontrar a Nellas.
Le repugna mi reproche insondable.
Su espada me busca, mi daga le niega.*

*Si aquí habré de matar elfo, aquí habré de morir.
Con sangre de elfo mi hoja pudrirá mi alma.
¿Matarlo para salvarme? Salvarme para matarme.
Mataré al Mwrđ asesino de elfos, antes de morir.*

*Larga la espada, veloz el acero me cruza la cara,
Me busca el gañote, me busca la entraña,*

pero allí mi plata, mi filo, mi ciervo, me cubre.

Enmascarado en sangre, no me dejaré matar.

Espero el tajo enfurecido de lo alto y paro con guarda.

Gira mi daga sobre su hoja y contra el suelo atrapa.

Le cojo la mano armada. Me carga el hombro encima.

Rodamos escaleras abajo, lo acude su puñal.

Me busca los ojos con la punta, la mía le atrapa.

Se roen las guardas, y de las dos platas, la suya huye.

Se alza sin aliento, sin puñal, me mira encorvado.

Salta Hithris por el risco a morir sin mí entre las rocas.

Así me encuentra Nellas a la orilla de la escalera.

Clamo y lloro por Hithris de la casa de Caranthir.

Así me encuentra la doncella del manto morado.

Encrespada en tizne, lágrimas y furia del terror.

Así nos abrazamos Dama Verde y Criatura de los Arbustos,

entre la ruina de Menegroth y el llanto de las cenizas.

Así nos miramos cercados con el fin en el recodo,

entre las carcajadas del Enemigo Negro del Mundo.

Así me besa Nellas con la ternura de un títere.

Evanescentes. Solares. Hallados. Finos. Somos.

Así me llevó consigo Nellas con Elwing.

VII

La diminuta mariposa morada

Al despertar, el hobbit era todos los ayeres.

Huanim lo esperaba y en sus grandes ojos centelleaba Celeborn, que había dejado tras de sí a un contento y sabio señorial perro.

El hobbit se arrastró hasta su libro y lloró y lloró y lloró en las tintas. Lloró y la pluma raspando fue todas sus carcajadas.

Permaneció tres días más, allí entre los vientos que trajeron a Eärendil y cristalizaron a la luna y el sol en el rumor de los abedules. Había frutas extrañas y un pan de viaje entre las piedras.

—Mwrd Llandwn... Merdo Landon del Fresno y Vaquilla —se dijo levantándose de entre sus papeles al tercer día, presentándose de nuevo al perro.

Bajaron por la pendiente.

Siguieron hasta los Maggot.

Contando y con papas hasta Corneta.

Y luego al vado de Sarn.

Hacia el Camino del Rey.

Para comer de lo que encontraran.

Para dormir donde les hallara.

Hacia Minas Tirith.

Donde Findegil el escribano del rey,
requería amanuenses para el nuevo Libro Rojo.

Para Eldarion.

Para los Hombres.

Para los más.

Y con él, siempre acampaba al dormir

una diminuta mariposa morada.